



**E**rika Ewald entró despacio, con el paso cauteloso y silente de quien llega tarde. Su padre y su hermana ya estaban sentados para la cena; con el ruido de la puerta levantaron la vista para saludar con un gesto fugaz a la que entraba, luego otra vez se oía solo el tintineo de los platos y el tañido de los cuchillos en el salón tenuemente iluminado. Rara vez se hablaba, solo una palabra de vez en cuando, y esta revoloteaba como una hoja inconsistente que el aire levanta, para aterrizar después extenuada en el suelo. Todos tenían poco que decirse. La hermana era insignificante y fea; años de experiencia en pasar siempre desapercibida o ser ridiculizada le habían dado aquel aire de resignación apática de quien se ha quedado para vestir santos, de quien mira cómo se van los días con una sonrisa en los labios. Al padre, largos años de una vida mediocre de oficinista lo habían alejado del mundo y, especialmente desde la muerte de su esposa, lo rodeaban aquel riguroso

mal humor y aquel silencio obstinado con el que a los ancianos les gusta ocultar su sufrimiento físico.

También Erika callaba por lo general durante aquellas veladas monótonas. Sentía que era inútil luchar contra la atmósfera gris que se desplegaba sobre aquellas horas como densas y amenazadoras nubes de tormenta. Y además estaba demasiado cansada para hacerlo. El mortificante trabajo diario, que la perseguía hora tras hora y la obligaba a soportar, con una bondad incansable, disonancias, acordes desafinados, brutalidades sin ningún talento musical, desencadenaba en ella una callada necesidad de descanso, una muda emanación de todas las sensaciones que la violencia de la jornada había sofocado. Le encantaba entregarse a soñar despierta, porque un pudor casi exasperado no le permitía dar nunca a los demás ni siquiera un indicio de sus experiencias espirituales, a pesar de que su alma temblaba bajo la presión de sus palabras no dichas, como se tambalea la rama de un frutal bajo el peso de la fruta demasiado madura. Y solo un leve gesto, sutil y totalmente imperceptible, en sus labios delgados y pálidos delataba la lucha y el conflicto que ha-

bía en su interior y una nostalgia incontenible que no se dejaba poner en palabras, y solo alguna vez aparecía un temblor violento alrededor de aquellos labios firmemente cerrados, como un sollozo repentino.

La cena terminó pronto. El padre se levantó, saludó con un breve buenas noches y se fue a su habitación a encender la pipa. Así era todos los días en aquella casa, en la que incluso la actividad más insignificante quedaba fosilizada en un rígido hábito. Y también Jeanette, su hermana, como siempre cogió el costurero y se puso a bordar mecánicamente, muy encorvada a causa de su miopía, a la luz de la lámpara.

Erika se marchó a su habitación y comenzó a desvestirse muy despacio. Esta vez todavía era muy temprano. Normalmente solía leer hasta bien entrada la noche o se asomaba a la ventana con una dulce sensación y miraba desde arriba, por encima de los claros tejados iluminados por la luna que se bañaban en la luminosa marea plateada. En esos momentos nunca tenía pensamientos claros y concretos, solo la sensación indeterminada de un amor por el brillo, por el

resplandor y por la irradiación tan suave de la luz de la luna, que se reflejaba reluciente en los miles de cristales, tras los que se ocultaban los secretos de la vida. Pero hoy sentía una dulce fatiga, una dichosa pesadez que la hacía ansiar meterse entre las arropadoras mantas, suaves y cálidas. Una somnolencia, que no es otra cosa que nostalgia de sueños dulces y dichosos, recorría todos sus miembros como un veneno serenamente refrescante y aturdidor. Recobró el ánimo, se quitó casi con prisa las últimas prendas de ropa y apagó la vela. Al cabo de un instante ya estaba metida en la cama...